

PREDADORA VIRTUAL: MUERTE SILENCIOSA

Por: Isidro Malba
Eliana Paniagua

- “El largo camino de turistas desperdigado por los kilómetros rurales de cruda vegetación para reencontrarse con ellos mismos los llevó a la muerte”, sería un buen título si la prensa se enterara, arriesgó el comisario Barrios.
- Nadie los reclama, los encontraron casi por casualidad. No entiendo-, dijo el subcomisario Nastel.
- Para hacer todo el recorrido pueden tardar unos 20 días y no tienen señal. El turista tal vez vino por dos meses o más, por eso nadie va poner una denuncia de paradero tan pronto-, contestó el jefe.
- ¿Eso están discutiendo? Lo raro es la forma de morir, en el medio de una selva, sin marcas de violencia. ¿Qué hay en el aire? ¿Qué tocan? ¿Qué consumen? ¿Algo les pica?
- ¿Es un accidente? - preguntó el agente Talermo.
- De eso se encargan los peritos-, se desligó Barrios.
- Pero nosotros tenemos que tener una pista-, insistió Talermo.
- No somos de homicidios, no te hagas ilusiones-
- Son 18 turistas muertos en los últimos 10 días en la misma zona ¿porque no los reclamaron y no salió en los medios no vamos a hacer nada?
- Muestre el mapa, Nastel, y explicale.
- Son 30 kilómetros cuadrados delimitados por estrechos caminos de tierra secundados por árboles frondosos, vegetación por doquier, alrededor hay countries. Es como una selva con postas, trampas inofensivas, laberintos naturales, señalizaciones manipuladas, hay que llegar a la salida teniendo las fotos correspondientes. El tema es así: te dan un rompecabezas, lo armás y te faltan piezas que tenés que buscar, sacarle una foto y encontrar la salida. Para todo esto tenés pistas reales y falsas y prometen que el objetivo del juego es reencontrarse con uno mismo.
- Ahh son los seres de luz. ¿Cuánto pagan por eso? -, preguntó el comisario.
- 150 dólares más lo que quieras gastar en comida extra o algún tipo de hospedaje por la noche que no sean las bolsas de dormir-, contestó Nastel.
- ¿Qué dicen las autopsias? - interrumpió el agente.
- Muerte natural, no hay indicios de actores de carácter exógeno o extraños al organismo.
- ¡Pero encontramos más cuerpos que en el bosque Aokigahara, el de los suicidios de Japón!- replicó.
- Tampoco es eso. Vienen de las grandes ciudades, se quedan sin wifi y pum, mueren de falta de tecnología, se infartan por tanta naturaleza, no están acostumbrados- otra vez se desligó Barrios.

- ¿Vamos? Hagamos el camino, mezclémonos entre la gente-, propuso Talermo.
- No hay presupuesto para eso- finalizó Barrios.

Agustina Fiorde, 22 años, peruana, se convirtió en la víctima número 19. Fue hallada por un grupo de franceses en la posta 32. El cuerpo estaba oculto entre Olea Texanas, Eugenias, Melaleucas, Fotinias y Buxus, algunas de las especies que cubren la zona. La revisión del forense fue milimétrica, piensa que algo tiene que encontrar que le produjo la muerte, no puede ser un infarto y nada más como pasó con todos los demás. Talermo fue con el equipo a levantar el cuerpo, pero no volvió. Se camufló entre los turistas y comenzó su propia aventura. Reflejaría todo en su celular, que quedaría como prueba en el caso de su propia muerte, porque no hay señal en el predio.

Vagó por horas hasta encontrar gente, dijo haber extraviado en el camino su rompecabezas y, al estar perdido, convenció a un grupo de españoles a recibir ayuda para completar las postas. El desafío de ellos tenía que ver con agua: un lugar que parecía imposible de encontrar entre tanta vegetación. Una especie de pantano, laguna, espejo de agua, tal vez un mísero charco. Decidieron dividirse: Joan y Bruno hacia el norte, y Vicco y Saydi al este: quedaba Marshall para el oeste y Talermo se ofreció para cubrir el sur. La idea era hacer el trayecto en línea recta por tres horas y volver sobre sus pasos, pero el policía -que nadie sabía que lo era- venía preparado con hilos de bordar fosforescentes: si alguien se perdía los otros podían buscarlos. Talermo sabía que eso no podía asegurar que sobrevivan, pero por lo menos iban a encontrar los cuerpos. Como se fueron, volvieron. Sin novedades, pero a salvo. Buscaron lugar para poner las bolsas de dormir, compartieron las sobras del almuerzo que habían comprado en una de las postas y se acostaron, exhaustos. El primer indicio que tuvo en cuenta Talermo fue la comida. ¿La muerte se daría por algún tipo de intoxicación fatal? Lo único que añoraba era despertarse vivo para seguir adelante.

Lo despertó el grupo, que buscaba desesperado a Marshall. Estaban sus pertenencias pero no él. Eso sumaría otro indicio si no fuera que desde las lianas se oyó una carcajada. El agente tuvo ganas de matarlo; Marshall iba a divertirse, él no.

Se iban a cumplir 24 horas de la presencia de Talermo y no se había cruzado con nadie más, pese a lo concurrido -según oyó- que estaba el predio. ¿Cómo seguiría el itinerario? Decidieron avanzar todos hacia el Este para después separarse. No había una gota de agua en todo el camino y el sol resquebrajaba la tierra. Sin postas a la vista y con hambre, decidieron presionar el botón.

- ¿De qué botón hablan?!- preguntó Talermo.
- Para no morirnos de hambre si nos quedamos sin comida y no encontramos postas para comprarla, la pedimos como “delivery”-, explicó Saydi.
- ¿Y cómo la traen?
- Con un dron.
- ¿Y cómo saben dónde están?
- El botón tiene geolocalización. ¿Dónde estabas cuando te explican todo esto en la charla?

Almizaron sushi, pastas con salsa de caviar, tortilla española y croquetas. Talermo pidió milanesa a la napolitana. Bebieron cerveza.

El policía anotaba en las notas de su celular todo acerca del botón del que nadie le informó en la investigación que haya estado entre los cadáveres. ¿Se lo sacan cuando los encuentran muertos? El grupo siguió camino durante horas. Vicco gritó y todos fueron hacia ella. Casi no se la veía, medio cuerpo estaba

dentro de un arbusto. Estaba en la frontera entre el predio y un country. Joan trepó todo lo que pudo y asomó su cabeza que vio la multitud de mansiones y piscinas. Decidieron acampar ahí esa noche en la que Joan apareció muerto, colgando de las ramas del mismo lugar donde había trepado horas antes.

- Soy policía, déjenme revisarlo - pidió Talermo, quien estuvo 40 minutos realizando RCP bajo la mirada atenta de alguien que, tras una pantalla, lo vigilaba con un dron llamado por Saydi al tocar el botón.

El cuerpo no tenía ningún rasguño, ninguna señal de violencia. Era la víctima 20. Talermo le explicó al grupo por qué estaba ahí que lo escuchó entre llanto e incidentes, porque Bruno intentó golpearlo de impotencia, porque tal vez sabiendo la verdad podrían haber evitado esa muerte.

Cuando se llevaron el cadáver, los jugadores españoles volvieron al lugar bajo las órdenes de Talermo. Peinaron cada sector donde estuvieron desde que acudieron al llamado de Vicco hasta que se metieron en sus bolsas de dormir. Bruno requisó con especial atención la zona que usó Joan para subir a ver el límite entre el predio y el country, pero no encontró nada, sólo la inmensidad del barrio privado.

Ni Talermo ni el grupo de bailarines que había viajado desde Barcelona para cumplir el reto, tenía una conclusión al respecto y decidieron volver a pernoctar en ese lugar porque les sería imposible dormir. Estuvieron mirándose durante horas. Juntos, pero alejados del policía. El primero -y el único- que cayó preso del cansancio en las piernas de Saydi fue Bruno, que no despertó jamás. La víctima 21, según Talermo. Porque el departamento de policía ya había recibido cuatro cuerpos más mientras él estaba in situ.

Bruno murió frente a todos sin que nadie supiera sino hasta el amanecer. Para Talermo la comida debía ser la única prueba. ¿Qué comió? Lo mismo que Marshall, que estaba vivo. ¿Qué hizo diferente a los demás? Tregar como Joan. Talermo ya tenía la respuesta: un veneno entre las especies. Sacó fotos, guardó información, pidió que nadie se volviera a acercar, pero no podía compartir esa información online. Y tampoco salir. Por más que apretaban el botón nadie respondía. Ya no había comida ni bebida y estaban obligados a llegar a una posta para sobrevivir y pedir ayuda. Caminaron sin adentrarse en los arbustos, esquivando lo que, para ellos, podría intoxicarlos hasta la muerte.

Hallaron la parte que faltaba del rompecabezas, el espejo de agua. Lo fotografiaron, pero el botón seguía sin funcionar. Se cruzaron con un francés, Saydi pudo hacer de enlace para entendernos, pero no quiso colaborar voluntariamente.

- Decile que si no nos da el botón lo matamos, somos más y él esta solo-, le pidió Marshall a Saydi. El hombre sacó un machete y todos recularon. Con más calma intentaron explicarle las muertes, las sospechas y la ayuda que necesitaban.
- Tocá vos el botón, viene el dron, le explicamos la situación y te vas- rogaron. Avanzó sin contestar hasta que se perdió entre las agitadas hojas de los árboles.

Patrick se llamaba, así estaba escrito en su identificación personal. Lo encontramos dos kilómetros más adelante. Estaba muerto, sin el machete y sin el botón. La comida que llevaba en su mochila nos salvó de morir por inanición. ¿Qué había en esa zona que lo matara? La vegetación no era la misma que en el sector donde murió Joan. ¿Había trepado también? No lo sabemos, no le preguntamos. Estábamos con la panza llena pero sin respuestas. Cuando vinieron a retirar el cuerpo, Talermo se identificó y pudieron salir con los peritos.

En la comisaría Talermo les tomó una declaración informal, los ayudó en la repatriación de los

cuerpos pero no mucho más, lo desafectaron por incumplir los deberes de funcionario público.

- Te pido un último favor, dame el contacto del mejor de los de homicidios-
- Te van a sacar cagando con tus crímenes fantasiosos-, le contestó el subcomisario.
- Vos encargate de anotarme el número en un papelito y andate a cagar.

Talermo armó el listado de nombres de las víctimas, edades, nacionalidad, y lugar donde fueron encontrados. No halló ningún patrón para relacionarlos. Lo certero es que hay demasiadas muertes en un lapso de tiempo corto, en un lugar determinado.

Henschel está a cargo de la División Homicidios, aceptó hablar con Talermo sólo por curiosidad, para saber por qué lo habían desafectado y qué pretendía de él. Entró sin saludar, apagó la luz, colocó en el escritorio un pequeño proyector, lo conectó al celular y en la pared apareció un mapa que localizaba zonas con números del 1 al 25. Henschel no se animó a romper el silencio, Talermo esperaba que él entendiera todo.

- ¿Se da cuenta, jefe?
- No soy tu jefe y no entiendo qué querés con todo este show.
- Seré breve, mire el mapa: 15 días, 25 muertes, 3000 hectáreas.
- ¿De qué murieron?
- Muerte natural, infarto, muerte súbita, como lo quiera llamar.
- ¿Por qué no lo supe?
- Pregúntele a Barrios.
- ¿Droga?
- No encontraron nada que llamara la atención en las toxicológicas.
- ¿Aire en las venas? ¿Insulina de más?
- No hay rastros de pinchazos.
- No quiero jugar. Decime qué es.
- No lo sé.
- ¿Para qué viniste entonces?
- Estuve ahí 48 horas y viví dos muertes.
- Bien. ¿Cuál es tu hipótesis?
- Que los de homicidios van a saber qué hacer.

Talermo no tuvo noticias hasta tres días después. Henschel lo convocó en una oficina del microcentro.

- Es tan trillado hablar de crimen perfecto, pero en este caso lo es. Los indicios dicen que sí porque hay casi 30 muertes en un lapso concreto, en un lugar preciso. ¡Qué asesino prolífico! Si entra en el período de enfriamiento no lo atrapamos más-, explicó un criminólogo privado, al que consultó Henschel antes de presentar el caso ante un fiscal.
- Debe ser “de manual”, pero de tan sencillo no lo encontramos. Partamos en la geolocalización: tiene que estar cerca, dentro o fuera del predio. Es su zona de confort. Lo primero que hay que conseguir es el nombre de los empleados que están apenas cae el sol hasta que amanece porque eso es parte del modus operandi. Hagamos hincapié en las zonas, ¿hay algún patrón? Hablemos de los trofeos: se llevó el botón en todos los casos. ¿Qué más pudo faltar de las víctimas? ¿Tenemos un registro de con qué pertenencias entraron? ¿Cómo dejaron a Patrick ingresar con el machete? ¿Lo permiten para cortar la

vegetación? Lo que sabemos es que no es xenófobo: mató sin importar la nacionalidad.

- ¿Cómo estás tan seguro que es un asesino serial? - preguntó Henschel mirando a Talermo que trataba de entender la montaña de datos que arrojó al aire el profesional.
- Porque no hay rastros y si no hay rastros es porque alguien los hizo desaparecer, la naturaleza no hace ese trabajo sucio.

Henschel puso a trabajar a su equipo. Pidió al forense que mirara cada uno de los informes de autopsia y, si era necesario, pidiera exhumaciones. Sin embargo, se encontraron con que la mayoría de los turistas había sido repatriados. Lo que había en común en las muertes era todo y, al mismo tiempo, nada. Fueron infartos sin nada más.

Confirmaron que todos tenían las pertenencias con las que se registraron y ninguno el botón, pero podía quitárselos la empresa porque, al fin y al cabo, sólo funcionaba allí, no servía para otra cosa.

- Error.
- ¿Qué pasa Julito?
- Sirve para saber qué pudieron pedir a la administración. ¿Pidieron auxilio, comida, bebida, avisaron algo? Con una orden de allanamiento podemos revistar las computadoras de la empresa-, le explicó el perito informático a Henschel.
- Paso a paso. No podemos allanar porque no tenemos fiscal, necesito primero presentar el caso. ¿Qué más pedirías?
- Los celulares.
- Pero ahí no hay señal.
- ¿Qué importa? Ellos sacaban fotos, en una de esas tenemos suerte y está la jeta del asesino.
- Nada con lo que podamos avanzar ahora, si fueron repatriados hay que hacer pedidos internacionales. Pero tal vez Talermo pueda hacer algo.

Cuando el fiscal Sayago quedó a cargo de la investigación los fallecimientos sumaban 27. Tenía otra hipótesis: la de la vegetación venenosa. Mandó a un grupo de Policía de Protección Ambiental a tomar muestras de los lugares donde aparecieron los cuerpos. Los análisis dieron negativo. La siguiente hipótesis fue que el juego era extremo, generaba estrés y provocaba la muerte de quienes tenían problemas coronarios. Se pidieron todas las historias clínicas, pero ninguno de ellos presentaba antecedentes. La última hipótesis fue la de suicidios para lo que pidió que realizaran autopsias psicológicas.

- Es un payaso el fiscal, Henschel, dejame de joder-, se quejó Talermo.
- Todos estamos perdidos, estancados, bloqueados, pensá que, por lo menos, se está haciendo algo.
- Hay algo que me llama la atención: después de la entrada de los de la Protección Ambiental no hubo más muertes.
- Entonces está claro que es alguien de adentro: vieron revuelo y pararon. Sayago pidió los nombres de los empleados pero no se los entregaron.

Vicco, Saydi y Marshall no tuvieron problemas en cooperar y revisaron las fotos que tanto Joan como Bruno habían tomado. Eran unas 1200. La mayoría tenían que ver con el juego, otras con el grupo, pero había una en la que nadie había reparado y ambos lo tenían: fotos de la casa lindera del country que tenía más cámaras que luces. El cuerpo de Patrick, junto a sus pertenencias, todavía estaba en la Morgue. También había fotografiado la misma vivienda, aunque desde otro ángulo.

Una denuncia por ruidos molestos ingresó en la seccional a cargo de Barrios. “Hay gritos por las

noches y madrugadas cuando hay que descansar. Aparecen todo el tiempo cabezas que nos espían, nos graban y otros que se escapan, saltan el muro y terminan en mi casa. Estoy cansada de esto”, se quejó una coqueta vecina del barrio privado.

Henschel mandó a dos jóvenes agentes para que la dueña de casa diera más datos, pero no encontró a nadie durante el día así que pactó un encuentro por la noche. Se trataba de la misma casa de las fotografías así que, en efecto, era perjudicada por los jugadores.

Esos mismos oficiales se inscribieron en la página del predio para ser dos jugadores más. Fueron con cámaras infrarojas ocultas y un gadget que les permitía enviar información remota a los peritos. Durante el día intentaban acercarse lo máximo posible al muro lindero al country, por la noche se turnaban para dormir y que la muerte no los encontrara desprevenidos. Utilizaron el botón en varias ocasiones grabando la forma de pedir y mostrando la forma en la que el delivery llegaba a la posición. Tardaron tres días en arribar al paredón y uno más en ubicarse en el lugar exacto por el que habían trepado Joan, Bruno y Patrick.

Como uno de los dos podía morir, decidieron arrojar una moneda. El agente encubierto más joven fue el que tuvo que subir, asomar la cabeza, sacar fotos variadas y volver a su posición. No prepararon las bolsas de dormir ni se acomodaron. Estaban sentados mirándose frente a frente ante un silencio sepulcral esperando a la muerte. Y ella llegó bastante rápido.

Fue en forma de un dron casi imperceptible. Verde oscuro, camuflado entre la vegetación, pequeño, con la forma de un esmalte de uñas y el pico de un aerosol. Se acercó al rostro del agente, su compañero lo atrapó, pero unas gotas ingresaron en la nariz y el joven cayó al pasto mientras el otro oficial guardaba el aparato en una bolsa de levantamiento de rastros.

- Tiene pulso, traigan el helicóptero.

El predio fue allanado por una multitud de policías que pudo tomar los datos que la empresa se negó a brindar sobre sus empleados y puso a resguardo a todos los jugadores. Era una pista clave, la única de la investigación. El agente encubierto llegó con leves pulsaciones, pero sobrevivió. En los análisis practicados fue imposible saber qué sustancia inhaló. Esperan que el pequeño dron incautado les de todas las respuestas.

- Una sustancia tóxica produce efectos nocivos cuando penetra en el organismo el problema es cuando no podemos saber qué contiene y éste es el caso.
- ¿Pudo haber matado a nuestro compañero, mató a casi 30 personas y no sabemos qué es?

Todo dron tiene un GPS y así se pudo saber de dónde partió hasta llegar al policía encubierto: de la casa del country. Mientras en la entrada del barrio privado se discutía permitir el ingreso de la justicia, desde un helicóptero descendían decenas de policías que allanaban esa mansión. Primero desconectaron todos los aparatos de vigilancia para que los moradores no vean remotamente los procedimientos. Después se buscaron, por horas, las pruebas. Los pequeños drones no estaban por ningún lado. En el tercer subsuelo de la casa hallaron las ampollas con la sustancia. Eran miles.

Otro equipo fue a la entidad bancaria en la trabaja la propietaria en el sector de ciberseguridad. El personal aseguró que Eliezer Blass se había retirado hacía pocos minutos. En su despacho había una nota escrita a mano: “Sólo ayudé a morir a los que no se daban cuenta de que no querían terminar el juego”.

- El sistema de cámaras de la vecina es muy sofisticado. No sólo graba en infrarrojo sino que tiene visión térmica para saber exactamente cuando alguien se asoma por el muro y mandar sus drones que

andá a saber dónde están escondidos. Ésa era la sentencia de muerte. Esta mujer armó un juego paralelo que los jugadores no sabían que estaban jugando.

- Van a llevar mucho tiempo los análisis para saber qué es y por qué es letal. Sin embargo, por más que la destruyan, el cerebro de todo esto usaba un nombre falso y permanece en libertad, Talermo. ¿Cómo seguimos?